

«Los escritores somos mentirosos e intentamos decir la verdad a través de la mentira»

Rubén Abella
Novelista

El narrador vallisoletano presenta 'Un día de fiebre', novela coral hilvanada en torno al último temblor de la tierra en Madrid



VICTORIA M. NIÑO
Valladolid

Un bombero ludópata, un juez de «relaciones muelle», una huérfana por los atentados de Atocha tan herida como egoísta, un padre desconcertando, una adúltera y una esposa ejemplar, son algunos de los protagonistas de 'Un día de fiebre' (Menoscuarto), la última novela de Rubén Abella. El escritor vallisoletano, especialmente querido por la crítica de Castilla y León que le ha premiado dos veces, presenta este jueves su libro en Oletvm (19:00 h.)

—¿Extiende su red de personajes y situaciones y al recogerla nos muestra la trama que los une?

—Cuando era más joven jugaba al biliar americano y el momento que más me gustaba era el saque, cuando la bola blanca pega al vértice del triángulo. Hay cierto control del autor pero luego las bolas salen disparadas, chocan, se cruzan, alguna cae en la tronera. Visto desde arriba, así considero la novela. Tenemos nuestros planes pero al final las fuerzas nos llevan, nos alteran. Algo común en todas las historias de esta novela es que no las cierro con lazo. Dejo actuar a los personajes y queda en el aire la dirección de sus vidas. Lo que me interesaba es el conflicto y la idea, que como narrador me fascina desde hace una temporada, de la grieta, la herida, la naturaleza imperfecta que somos todos. Son historias de gentes normalmente imperfectas que intentan ver la luz.

—Esa grieta la produce un terremoto con el que tembló Madrid.

—Al final es una metáfora perfecta de lo que no funciona, de lo que duele. Otra cosa que me interesa es la gigantesca grieta que separa nuestra vida pública de lo que somos de verdad. Por ejemplo, el juez, alguien que tiene que decidir el destino de los demás y no acaba de regir el suyo, o el bombero, cuya profesión consiste en salvar vidas y pone a su familia en peligro. Al final todo gira alrededor de la grieta y el terremoto que se produjo en Madrid. Yo estaba sentado en mi estudio y noté como un mareo, no sonó pero todo se movió un poco. No es lo que causa la trama pero el motor que hace que las historias converjan.

—¿La realidad se le cuele o la busca?

—Me considero un narrador realista,



El escritor vallisoletano Rubén Abella. HENAR SASTRE

trato de forma fidedigna el material que tengo entre manos. La historia, lo que ocurre, los hechos están ahí y calan a los personajes, así estos dejan de ser invenciones y quien lee los reconoce, porque están rodeados de cosas que les son familiares. Volvemos a la herida, al atentado de Atocha, la herida por antonomasia, las vigas rotas de los vagones, son una forma de representar el dolor.

—Esa coralidad hecha de pequeñas historias ¿es herencia del Abella cuentista?

—Me sale natural, con una voz sostenida durante toda la novela. Hay una cita de Alice Munro que es mi mantra «nada es fácil, nada es sencillo». Si te pones a analizar algo en toda su profundidad, una gota de agua en microscopio es igual de complejo que la más activa de las galaxias. Me gusta entrar en realidades abarcables, como esa gota. Trabajo en lo micro y macro. Es igual de difícil contar la revolución bolchevique que lo que pasa durante un desayuno. Tiendo a lo menos espectacular y a coger un poco de todo. Aquí el reto es que sea coherente.

—Estas gentes al borde del precipicio ¿tienen modelo?

—Escribir es ponerte en una larga cadena de escritores y al final todos cogemos algo de los que nos preceden. En 'Dice la sangre' estaba Faulkner y aquí hay otra novela, 'Que el vasto mundo siga girando', de Colum McCann. En ella el irlandés parte del

hecho de un equilibrista, Philippe Petit, que en 1974 tiró un cable entre las Torres Gemelas y estuvo una hora andando hasta que le detuvieron. Lo que hace aquí el narrador es usar el acto artístico como centro de las historias que cuenta, que en algún momento tocan a ese hombre de camina por la cuerda floja. Esa es la idea base de mi terremoto. La primera historia que escribí fue la de Beatriz, la más violenta, las demás surgieron como afluentes del río.

Adolescencia

—Ya en su anterior novela, 'Dice la sangre', se metía en la cabeza de los adolescentes, a la que vuelve aquí. ¿Les ve egoístas y ensimismados?

—A la hora de escribir se pueden hacer dos cosas: escribir la realidad o

como a uno le gustaría que fuera. Mucha gente lo hace, con un final feliz, con personajes que generan energía positiva y optimismo en el lector. Otra forma de narrar es contar las cosas como son. Lamentablemente para el mundo y maravillosamente para la narrativa, el mundo no es demasiado saludable. Hay adolescentes de todo tipo, pero esa etapa se llama así porque adolece, porque se sufre. Un adolescente nunca está en su mejor momento. Viven cierto ensimismamiento, que con el imperio del yo son el signo de los tiempos.

—En su novela hay vidas deseadas (Rocío), amenazadas (Ángel), truncadas (Miguel), congeladas (Nuria, Víctor), pocas satisfactorias.

—Hago de abogado del diablo. La más estable podría ser Rocío, la persona que al final en el círculo narrativo no evoluciona porque empieza feliz, tiene un trauma y sigue siendo feliz. Hay un momento revelador cuando está con la amiga en el restaurante y un zafio que come cerca se fija en cuerpo de aquella y ella siente celos. Siempre hay pequeños sueños que se quedan por el camino. Los más miserables tienen sus momentos de luz, para mí eso es el realismo contar la vida de cualquiera.

—También hay vidas descubiertas, como las de las madres.

—La sensación es que nos conocemos menos de lo que pensamos, sobre todo en las relaciones paternofiliales. Damos por sentado que nues-

tros padres son solo eso, es raro conocer sus sueños, cómo se enamoraron. Aquí tenemos a una mujer que no sabía cómo era su madre, en este caso, además, para bien.

—Especialmente emocionante es la reunión de los afectados por el 11-M. «Nada invita a sospechar que lo que les une es la pérdida», escribe. ¿Existe?

—Claro que existe. Me gustaría comentar algo fundamental para narrar: la autoficción y la inspiración de la propia vida y experiencia para escribir narrativa ha existido siempre pero en los últimos quince años impera en el mercado español. No nos equivoquemos, en una novela no se trata de escribir lo que has vivido sino de hacer que eso exista en la imaginación del lector. Escribir es inventar. No sé pescar, he cogido una caña dos veces, sin embargo en 'Baruc en el río', hay una descripción detallada de cómo se pesca gracias a que alguien me lo contó. No se trata de que yo haya vivido eso sino que entienda el sentimiento que surge cuando alguien lo hace, ahí la imaginación es la herramienta fundamental. En la autoficción eso se deja de lado en beneficio de contar lo que me ha pasado y ya está. La imaginación es fundamental junto con el lenguaje y la experiencia. Asumir que lo que has vivido es de interés para los demás me parece un acto de soberbia, me he pasado toda la vida escondiéndome en mis novelas. Lo que me pasa no tiene que ser universal. Lo que escribo tiene ahora más experiencia detrás pero siempre hay un proceso de decantación y mentira. Los escritores somos mentirosos profesionales y lo que nos diferencia es que intentamos decir la verdad a través de una mentira. Desde que lo pones en lenguaje ya lo estás cambiando, como en fotografía.

—Asoman víctimas y verdugos, evidentes y latentes.

—Tenemos una tendencia natural, diaria y, muchas veces, inconsciente al abuso. En cuanto alguien se pone en situación que puede implicar superioridad, entra el abuso. Existe en la realidad y en la novela. No quiero inclinar la balanza hacia la sombra, el escritor debe saber ver las dos caras de la Luna. También hay momentos de luz. Con todos sus defectos, todos los personajes están intentando ser mejores personas y ahí está el heroísmo, no en salvar el mundo, sino en tratar en tu día a día hacer a la gente que te rodea un poco más feliz.

—En la anterior fue Astorga, ahora Burgos, Valladolid, en otras de sus novelas. ¿Un guiño a su tierra?

—Guardo la imaginación para las tramas, para la ambientación me voy a sitios que conozco, que sé cómo suenan sus calles y a qué huelen, que he experimentado su tacto. Intento que sean lugares orgánicos, que tengan sentido dentro de la trama.



UN DÍA DE FIEBRE
RUBÉN ABELLA

Ed: Menoscuarto
336 páginas